

NIXON, LOS LIBERALES Y LA IZQUIERDA

ENTREVISTA CON NOAM CHOMSKY

NOAM Chomsky es profesor de lingüística en el Massachusetts Institute of Technology, de Boston; sus trabajos le han proporcionado una celebridad mundial. Pero sus tomas de posición políticas —y en particular su libro «El poder americano y los nuevos mandarines» (1969)— le han valido la hostilidad de muchos de sus colegas. Y es que, como él mismo explica, «... yo no pierdo el tiempo denunciando a lobos feroces como Spiro Agnew o Foster Dulles. Yo ataco a los intelectuales liberales, porque son ellos los responsables de la guerra». Para Chomsky, la tarea del intelectual consciente consiste en «... buscar la verdad oculta tras ese velo de mentiras, de ideología, de intereses de clase con que se nos presentan siempre los acontecimientos». Pero admitamos que el intelectual pueda descubrir esa verdad oculta, ¿cambiarán por ello las cosas de modo radical? Esto es lo que se plantea Chomsky en su último libro «En guerra contra Asia» (1970). Los opositores a la guerra han demostrado la verdad de sus argumentos, pero no por ello ha variado la política U. S. A. Las declaraciones de Chomsky, que publicamos a continuación, podrán ser consideradas por algunos como exageradamente pesimistas, pero proceden de un análisis que, por la lucidez de su lógica, debe ser tomado en consideración.

PREGUNTA.—En «Los nuevos mandarines» usted denuncia la participación de los universitarios en el esfuerzo bélico. ¿Puede explicarnos exactamente en qué consiste esta participación?

CHOMSKY.—Esta participación alcanzó un alto nivel después de que Kennedy fuese elegido Presidente. Kennedy se rodeó de un gran equipo de in-

telectuales y tecnócratas, todos ellos universitarios, que tuvieron una gran influencia sobre la política de los Estados Unidos. En primer lugar, transformaron la guerra de Vietnam en una especie de combate ideológico —lo que es normal, tratándose de intelectuales, ya que, aunque mu-

chas veces no lo reconozcan, su labor es más que nada ideológica—. En la época de Eisenhower, las operaciones militares tenían un carácter limitado; eran motivadas por consideraciones prácticas: mantener el sistema, reforzar el poderío militar de un Japón sumiso... Pero todo

eso se ha visto transformado en una auténtica cruzada contra los movimientos de liberación nacional. Al mismo tiempo se ha mejorado la eficacia de la agresión imperialista, en vista de lo mal que se las había arreglado la Administración anterior (ineficacia, incomprensión de los



En el M.I.T. (Instituto de Tecnología de Massachusetts), donde es profesor Noam Chomsky, existe el «Seminario de Escepticos». En la foto, un alumno todavía sin graduar expone sus puntos de vista ante el profesorado.

problemas técnicos...). Aquella nueva ola de tecnócratas pensaba poder dirigir la guerra de un modo mucho más «racional». Así que, mientras se ha incrementado por un lado el esfuerzo bélico, por otro se ha transformado fundamentalmente el carácter ideológico del conflicto. Claro que, como ocurre con todos los intelectuales tecnócratas, los que rodeaban a Kennedy llegaron a sentirse seguros de sí mismos, se volvieron excesivamente arrogantes, lo cual nos llevaría a los desastres de los años sesenta.

Los intelectuales, los industriales y el poder

P.—Durante estos últimos años, los estudiantes han protestado masivamente contra la participación de los intelectuales en el esfuerzo bélico, ¿cree usted que estas protestas han tenido algún efecto?

CH.—Las Universidades siguen trabajando para la guerra. Pero han dejado de hacerlo abiertamente. Cuando Kennedy se pensaba generalmente que el hecho de que los intelectuales y los tecnócratas se hubiesen aproximado al poder, hasta el punto de influir sobre él enormemente, era un gran signo de progreso. En la actualidad, los intelectuales que participan en el esfuerzo bélico lo hacen casi ocultamente. Por ejemplo, el profesor Huntington sigue siendo consejero técnico del Gobierno, pero el estado de ánimo no es el mismo, y Harvard ya no se ufana de ello. Yo diría incluso que muchos ex partidarios de la intervención tratan ahora de presentarse como observadores críticos de la guerra. Y lo son en cierto sentido, pues piensan que esta guerra es un fracaso, que está costando demasiado. Su crítica es propia de tecnócratas, igual que la que formularía un industrial si su fábrica dejase de ser rentable. En el fondo, esos intelectuales no han cambiado.

P.—En «La guerra contra Asia» usted dice que «la militarización de la industria es un importante factor de salud económica». Y un poco después, que «una parte importante de los industriales condenan la guerra porque no reporta nada». ¿No hay acaso una contradicción de fondo entre ambos juicios?

CH.—No. Militarizar la economía y hacer la guerra en el Sudeste asiático son dos cosas diferentes. A la economía capitalista americana la benefician los gastos del Gobierno en el sector de los «missiles» o de los



«El ocupante americano y sus aliados locales se ven ahora obligados a controlar no sólo la resistencia de base campesina, sino también una situación explosiva en los centros urbanos».

Falta en los Estados Unidos un movimiento revolucionario con una base social importante entre los trabajadores.

ordenadores, en los sectores punta de la tecnología. Pero la guerra del Vietnam no se puede decir que haya aumentado esta expansión. La guerra es, incluso, regresiva en el plano tecnológico, puesto que los gastos militares, en lugar de ir a los sectores punta de la tecnología, son despilfarrados, en parte, para equipar a un ejército convencional que necesita calzado, ropa, balas, etcétera. He ahí la razón de que muchos industriales hayan desaprobado siempre la guerra. Están a favor de la preparación para la guerra, pero contra la guerra propiamente dicha. Se trata de una diferencia muy importante, y es, al mismo tiempo, uno de los elementos de la estrategia de Nixon: el Presidente quiere llegar a una guerra que provoque una gran circulación de capitales, una guerra en la que la tecnología sustituya, en la medida de lo posible, a la Infantería...

P.—Pero, ¿no se da usted cuenta de que esta tendencia «pacifista» de los industriales no parece tener efecto alguno?

CH.—Esto ocurre porque, aun oponiéndose a la guerra, los industriales no aceptan la otra solución, la de una paz auténtica. Actualmente, la situación, el dilema es éste: o bien la guerra continúa, o bien los Estados Unidos abandonan el Sudeste asiático. Los industriales se encuentran frente a este dilema como entre la espada y la pared... y quisieran encontrar una tercera solución. Pero es que no la hay. Quisiera señalar, además, un elemento nuevo e interesante: el petróleo. El factor «petróleo» es importante, puesto que, digan lo que digan, hasta ahora era muy poco lo que se jugaban los americanos desde un punto de vista económico en el Sudeste asiático. El cobre y el caucho, por ejemplo, representan muy poca cosa. Pero ahora se está buscando petróleo desde Formosa hasta Tailandia, y los industriales ahora tendrán con qué justificar la continuación de la guerra.

P.—Muchos americanos parece que quieren la paz y la retirada de las tropas estadounidenses

del Vietnam... Sin embargo, la guerra continúa. ¿Por qué?

CH.—Los políticos han fabricado la guerra fría y esa religión de Estado que es el anticomunismo. Si ahora retirasen el Ejército del Vietnam y dejasen que las fuerzas populares se alzaran con la victoria, todo el edificio del anticomunismo —pacientemente construido año tras año— se les caería encima; todo el mundo les reprocharía entonces su «abandono». Están en una ratonera.

Nixon se ha aprendido bien la lección

P.—La situación interior en Estados Unidos parece ser hoy la misma que cuando la invasión de Camboya, momento en que se extendió y endureció la oposición a la política de la administración republicana. ¿No representa esto un gran riesgo político para Nixon?

CH.—Un riesgo, sí; pero un riesgo calculado. El inmenso movimiento de oposición a la invasión de Camboya estribaba en dos fuerzas principales. En primer lugar, el movimiento estudiantil, pero esta vez el Presidente norteamericano confía en poderlo contener... y quizá esté en lo cierto. En segundo lugar, la oposición, mucho más amplia, del resto de la población, pero este reflejo de oposición estaba provocado más que nada por la presencia de tropas norteamericanas, y Nixon se ha aprendido bien la lección: cuando se invade un país, vale más servirse de las tropas locales.

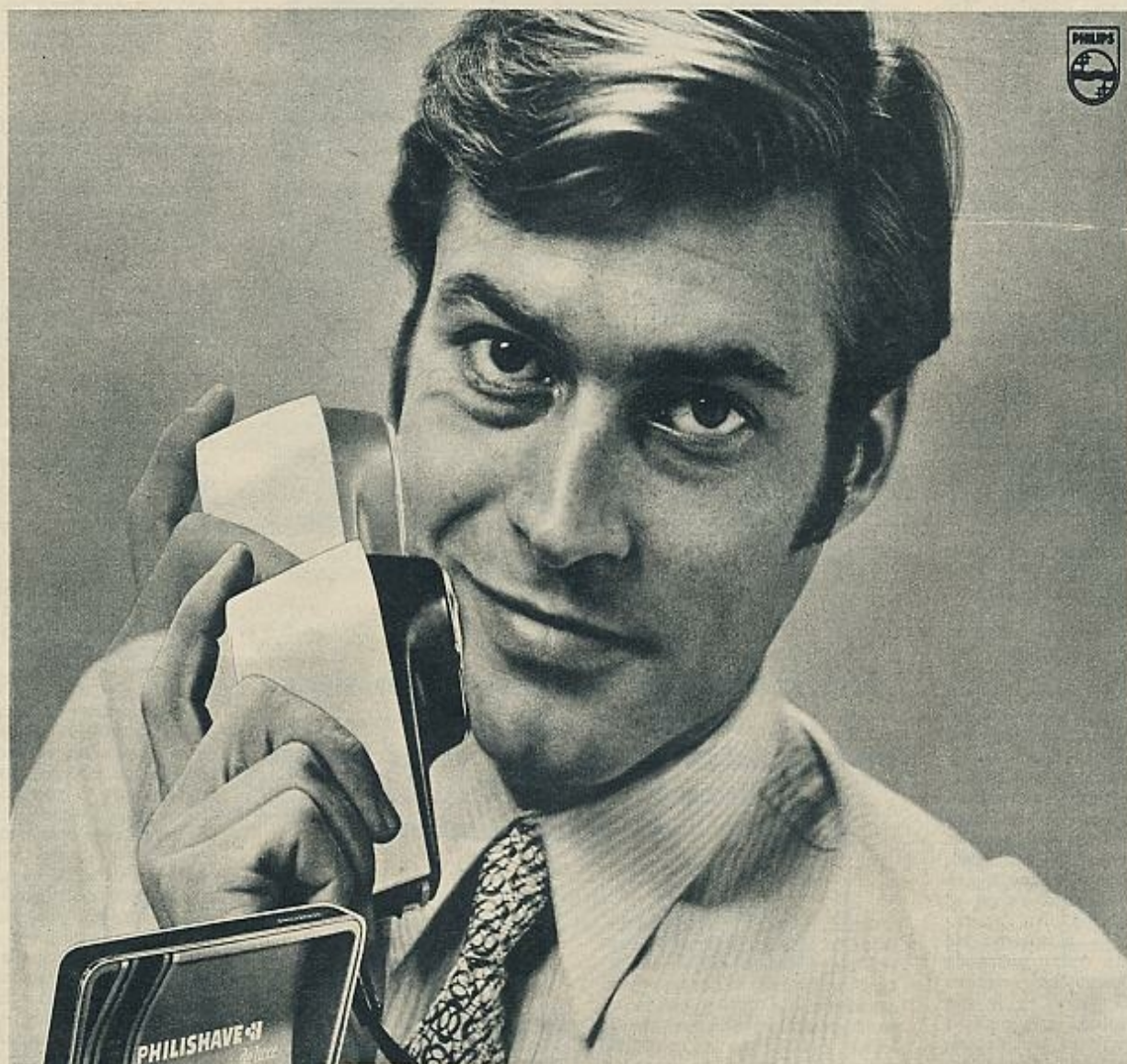
«América está asimilando una de las reglas fundamentales del imperialismo clásico: la utilización de mercenarios. El poder imperial proporciona oficiales y medios de destrucción, pero no la Infantería, que es la que debe encargarse del trabajo más sucio. Si usted mira hacia el Congreso, observará que las protestas están dirigidas esencialmente contra la presencia de la Infantería americana en Indochina. Eso es lo único que preocupa a los senadores. El que los «B-52» reduzcan a cenizas el país de Laos los trae absolutamente sin cuidado.

P.—¿No podría, quizá, explicar la izquierda americana?...

CH.—Las explicaciones son muy difíciles. La mayor parte de los que se oponen a la guerra no ven más que las pérdidas americanas y el coste de las operaciones en Indochina. Nixon espera poder reducir esas pérdidas y ese coste. Si lo consigue, la mayoría de los americanos se darán por satisfechos;

PHILISHAVE

LE AFEITA AHORA UNA VEZ Y MEDIA
CADA VEZ QUE USTED SE AFEITA



Las NUEVAS cabezas-microsurco de 90 ranuras en lugar de 60 han incrementado la eficacia, la suavidad y la rapidez de uso del

AFEITADO ROTATIVO

PHILISHAVE

EL UNICO SISTEMA NATURAL DE AFEITADO

sólo seguirán protestando los estudiantes, que es la única fracción de la sociedad que funda su oposición en una actitud de principios. Nixon se esfuerza en aislar a este grupo llamando la atención del público sobre sus métodos «violentos e irracionales». Y toda la prensa «liberal» publica artículos sobre las «tendencias neofascistas» de la izquierda estudiantil.

P.—¿Cree usted que la izquierda estudiantil puede hacer frente a esa ofensiva?

CH.—No será cosa fácil. Habría que convencer a la población de que esta guerra es injusta, aun cuando los Estados Unidos la ganen con poco gasto. Ahora bien, jamás una potencia imperialista ha detenido una guerra de agresión por consideraciones morales.

Construir un movimiento revolucionario

P.—¿No le falta organización a la izquierda americana?

CH.—Claro que sí! Pero esta falta de organización, de estructuración, refleja el estado general del movimiento estudiantil. Los estudiantes no forman una clase social definida que pueda dar origen a una organización política sólida... Pienso que el movimiento estudiantil tiene una gran tarea por delante; todavía estamos lejos del objetivo a alcanzar: la creación de un movimiento revolucionario con una base social importante entre los trabajadores. El movimiento social carece de una base sólida, y es esa la razón de su fracaso actual.

P.—¿No se ha escindido en dos este movimiento: por un lado, la fracción violenta; por el otro, la «culturalista», representada por Reich?

CH.—Junto a esta escisión es de notar otro fenómeno igualmente importante: muchos estudiantes trabajan ahora en las comunidades urbanas. Si consiguen asociarse con los jóvenes trabajadores, abonarán el terreno para la construcción de un movimiento revolucionario. Pero no hay que olvidar que los Estados Unidos han atravesado un período de quince o veinte años durante los cuales era imposible cualquier referencia a los problemas sociales. No existía ninguna crítica del sistema capitalista moderno. En los años sesenta, los sociólogos podían escribir tranquilamente, que los problemas de la sociedad industrial estaban resueltos. Esta era la ideología dominante entre los intelectuales. Sólo en el curso de estos últimos años se han discutido, por vez primera, una se-



«Esta falta de organización, de estructuración, refleja el estado general de movimiento estudiantil». (Estudiantes de la Universidad de Kent, Ohio, se enfrentan a la Guardia Nacional a base de gases lacrimógenos.)

NIXON

rie de problemas fundamentales. América despierta lentamente. La fuerza motriz de esta corriente contestataria la constituyen la juventud y las minorías étnicas, lo cual explica en parte el carácter confuso del movimiento. No falta energía, pero todavía no disponemos de un movimiento revolucionario que se apoye en una gran base social... Y el pueblo americano sigue creyendo en los dogmas y, en particular, en el anticomunismo. Muchos americanos tienen también miedo de los «Panteras negras». Toda la prensa —incluida la de los «liberales de izquierda»— espulga las publicaciones de los «Panteras», en busca de indicios que puedan denotar su antisemitismo, cuando la verdad es que los «Panteras» son un producto del «ghetto», que su problema es sobrevivir y que no hacen más que reflejar el aislamiento y la violencia del «ghetto». ¡Los «Panteras negras» no escriben para profesores de Universidad!

P.—¿No ha criticado violentamente la prensa liberal su última obra?

CH.—Sus críticas me han interesado muchísimo. Para estos «liberales», uno no tiene derecho a decir que los comunistas son hombres como los demás. Cuando yo digo que los militares son criminales, nadie me presenta ninguna objeción. Pero si afirmo que los comunistas obtienen siempre el apoyo del pueblo, porque son seres humanos y porque sus programas gustan a la gente, ¡ah, entonces se me acu-

sa de propasarme! Los comunistas son unos monstruos que para conseguir sus fines se valen de la violencia y del asesinato. Lo mismo ocurre con los «Panteras negras». Es verdad que algunos «liberales» llegan a admitir que los «Panteras» deberían ser protegidos contra los intentos de asesinato de la Policía, pero nadie quiere reconocer en los «Panteras negras» un deseo sincero de revolución social.

P.—¿No manifiesta la izquierda liberal otra contradicción, a propósito del problema de Oriente Medio?

CH.—Es ese un tema candente que el movimiento de oposición prefiere ignorar. Pero es un hecho que la mayoría de los americanos simpatizan abiertamente con los elementos más agresivos de Israel. Aquí todo el mundo se representa a Israel como un pequeño país, avanzada de la democracia, a punto de ser devorado por los árabes con el apoyo de los rusos. Esta simpatía hacia Israel es explotada por los dirigentes norteamericanos, que ven en ella un pretexto para reconstruir el militarismo del país y reavivar el consenso a la guerra fría, algo debilitado por culpa del Vietnam. Y el caso es que todo marcha para el Gobierno a pedir de boca. Los rusos están en Egipto, y la gente se muestra abiertamente anticomunista. Los árabes no son del todo blancos, y la gente da muestras de racismo. Esta histeria colectiva afecta incluso a la izquierda «liberal».

Desde el punto de vista militar...

P.—¿Qué piensa usted de la reciente ofensiva de las tropas americanas en Laos?

CH.—Que representa un esfuerzo a largo plazo de los Estados Unidos para seguir controlando militarmente el Sudeste asiático. La estrategia es bien simple: se concentra la población en los centros urbanos, a fin de destruir las estructuras sociales en las que se apoya la revolución. Luego se destruye sistemáticamente todo cuanto rodea a estos islotes de población. La invasión de Laos no es más que uno de los componentes de esta estrategia.

P.—Pero, ¿no está abocada al fracaso semejante empresa?

CH.—No estoy seguro. La resistencia vietnamita ha sido tan extraordinaria que la gente tiende a atribuirle virtudes sobrehumanas. Pero el combatiente tiene que comer, ha de estar equipado. No puede gran cosa contra los «B-52». Y si la población es desplazada y luego reagrupada, la resistencia se queda sin base real. Además, si el terror americano opera sin restricciones, sin límites de ningún tipo, difícilmente podrá oponerse resistencia alguna. Ahora bien, el portaaviones «U. S. Oriskani», que opera en el Mar de la China, efectúa regularmente ejercicios con aviones «Skyhawk» cargados de armas nucleares tácticas... ¡Y esto no es pura casualidad!

P.—¿Cree usted que los Estados Unidos están actualmente en posición de fuerza?

CH.—Creo que hay que tener en cuenta a este respecto dos problemas igualmente importantes. En primer lugar, el de la destrucción de las sociedades en el Sudeste asiático. ¿Podrán los americanos controlar el caos que están creando? En Saigón hay actualmente más de tres millones de personas que viven en chabolas. El ocupante americano y sus aliados locales se ven ahora obligados a controlar no sólo una resistencia de base campesina, sino también una situación explosiva en los centros urbanos. ¿Lo conseguirán? He ahí el primer interrogante. El segundo interrogante es ¿van a soportar durante mucho tiempo todavía los pueblos occidentales y el pueblo americano en particular tamaño genocidio? Desde el punto de vista de los dirigentes americanos, es decir, desde un punto de vista estrictamente militar, me temo que Nixon tenga sus razones para confiar en el éxito de la misión emprendida. ■